

Recolectora de imágenes, poeta, descubridora de los mil y un sentidos donde estos no existen, tan soñadora como Alicia, Carolina Bassi buscó las conexiones entre culturas remotas, y otras más tecnologizadas.

Las "cortocircuitó" - verbo inventado por ella - como una reacción de creación frente a la pasividad propia de nuestro mundo mediatizado, sobreinformado y uniformizado. Les reinventó el sentido torciendo al revés los punteros del reloj, y la alquimia de todo este proceso, es lo que vemos ante nuestros ojos.

Santiago, abril, 1998

Dragones, cisnes, vírgenes, aborígenes yámanas, patas Daisy seriadas, Alicias encandiladas y figuras totémicas hilvanadas desde la más frágil y alada levedad, nos invitan a la sonrisa y a un asombro deslumbrado, por el modo como la artista transfiguras los clichés culturales y de la modernidad, en un sutil haiku japonés.

Con este poemario visual, no carente de una mirada de mujer frente al fastidio y a las exigencias de los juegos de seducción, Carolina construye universo en apariencia infantil, y más que mágico, invitándonos a jugar y a atravesar espejos, ojos, cielos e imposibles.

Agradecemos infinitamente a todos sus amigos, que hicieron posible esta muestra, en especial a Ximena Somoza - quien presentó el proyecto - a Minerva Sepúlveda, quién diseñó el hermoso catálogo, a su madre Gloria Acuña, de la mano de quién Carolina hizo tantos viajes a continentes lejanos que poblaron su fantasía imaginación . Y, a su maestro y guía - Eduardo Vilches - que creyó en Carolina desde el primer día, y hasta siempre.

Luisa Ulibarri Lorenzini
Santiago, abril, 1998

Esta primera muestra individual de una artista que trago tiempos líquidos, atravesó espejos, viajó entre sombras y nubes, infiernos y paraísos, es un regalo de proporciones a quienes estamos aquí. Pero, en ningún caso una casualidad inocente, sino acaso uno de los cuerpos de obra de mayor solidez, en el imaginario de la plástica emergente en estos últimos años.

A casi un año de su partida, dobladas en tubos frágiles, las entretelas grises y blancas que Carolina hilvanó, imprimió y pintó, con sus dorados religiosos, y el imaginario de muchos sueños e infinitos continentes, llegaron desde Francia impregnadas del gesto, y la sensibilidad de esta joven artista, desaparecida cuando aún tenía ilimitados universos visuales a inventar y proponer.

Carolina Bassi regresa hoy - sin haberse ido quizás nunca - a los blancos muros de esta galería que la acogió por primera vez hace seis años, en la muestra "Prueba de artista".

Buscamos, y no vemos junto a nosotros su figura menuda, y su rostro de infinitas preguntas. Pero está toda su alma y espíritu inquieto, a través de las obras de un camino maravilloso y silencioso de 30 años de vida - y diez en el arte - que no alcanzó a concluir. Pero, que ella hoy nos envía desde algún lugar no muy lejano, con el corazón grande de su mirada, la de su madre y un grupo de amigos, **atravesando todos los ojos, atravesando todos los cielos.**

Esta primera muestra individual de una artista que tragó tiempos líquidos, atravesó espejos, viajó entre sombras y nubes, infiernos y paraísos, es un regalo de proporciones a quienes estamos aquí. Pero, en ningún caso una casualidad inocente, sino acaso uno de los cuerpos de obra de mayor solidez, en el imaginario de la plástica emergente en estos últimos años.

A casi un año de su partida, dobladas en tubos frágiles, las entretelas grises y blancas que Carolina hilvanó, imprimió y pintó, con sus dorados religiosos, y el imaginario de muchos sueños e infinitos continentes, llegaron desde Francia impregnadas del gesto, y la sensibilidad de esta joven artista, desaparecida cuando aún tenía ilimitados universos visuales a inventar y proponer.